

SANTIAGO STUCCHI PORTOCARRERO

Loquerías, manicomios y hospitales psiquiátricos de Lima

SEGUNDA EDICIÓN



**FONDO
EDITORIAL
CAYETANO**

PRÓLOGO

Villanos: ¡Guarda el loco! ¡guarda el loco! ¡Huir presto es lo mejor!

Loco: Villanos ¿en mi dolor no me dejaréis?

Maurelia: ¡Vamos! que viene el furioso: a huir hermana y de prisa.

Villanos: ¡Guarda el loco!

Sabina: Su dolor y pena siento, ese loco no puede tener sosiego.

Las suertes trocadas y torneo venturoso (h. 1600)

Francisco Agustín Tarrega

Desde niño, una pesadilla recurrente me ha asolado: verme en una calle vacía y encontrarme de pronto con un loco. Son de esos malos sueños que sobresaltan, que hacen latir descontroladamente el corazón y perturban la médula. En esa paroniria, el loco está semidesnudo, lleno de llagas, con la piel curtida por los elementos y con la melena larga y pegoteada; sucio, muy sucio. Ese orate, en tal sueño, no me dice nada; solo aparece, ni siquiera hace el ademán de perseguirme o ponerse violento, solo está ahí y me aterra, pues siento que no puedo hacer nada por él.

Tal vez el origen de ese trauma está —como todos los traumas— en una niñez difícil, en un tiempo difícil, en una ciudad difícil; tiempo en el que la crisis generalizada del Perú de los 80 parecía devorarlo todo. Relacionado con eso, un día de 1986 leí, en un diario villanamente amarillista, la atroz noticia: «loco es devorado por las ratas», y claro ¡hasta fotos había! Le dije a mi madre: «por favor, llama al manicomio para que ayuden a ese pobre loco»; eso no pasó, de ahí la culpa, culpa que —en el devenir— se acrecentaba cuando en cada esquina me encontraba con esos desdichados que, ante mis ojos, languidecían. Aún todos ellos vienen a mí y los veo como ayer: veo a una mujer orate, desnuda y llena de llagas, caminar sin rumbo por una amplia avenida; vi a otra, obesa, ploma como el metal, desparmada en una esquina entre bolsas de basura, y la vi por años, en invierno y en verano; veo a un loco en harapos grasientos, con las uñas de los pies hechas cuernos y caminando en el asfalto ardiente; a la par, los vi, a otros, violentos, locuaces, muriendo; era como estar en esos pueblos del barroco en los que, junto al cura, al militar y al juez, desfilaban el bufón y el orate.

Eso de Lima como ciudad poblada de personajes barrocos pues no nos sorprende, y esto porque ya es vivencia histórica cotidiana. Esos locos desdichados que he descrito son idénticos a los que representaron en dibujos

Hans Holbein, Cesare Ripa, L. Caseneuve o «El Bosco», y las personas se enfrentaban a ellos como en el atávico tiempo: con miedo, con ira, con burla o con la más brutal indiferencia. En el siglo XVII existía el grito de «¡Cata loco, ahí va el loco!», que anunciaba la llegada de un orate, y eso podía generar miedo, pero también era el grito de acicate para que una bandada de niños viniera a apedrear al insano. En ese lejano pero a la vez cercano barroco, a la locura se le temía más que a la muerte, puesto que, aunque la muerte era parte de la vida, la locura no; esta llegaba y aniquilaba a la persona en vida, la regresaba a un estadio animalesco: el loco dejaba sus ropas, hablaba sandeces, se dejaba llevar por la pasión, su risa aterraba, sus ojos se blanqueaban. Covarrubias —el autor de un protodicionario de 1611— pone al loco, en su definición, casi como a un animal furioso. Sobre eso, cuando analicé los terribles dibujos de la violencia virreinal peruana en la obra de don Felipe Guamán Poma (1615), me volví a encontrar con esos ojos perdidos en la insania, ojos sin vida, y que justamente su dibujante pone en personajes crueles que parecen llevados, en sus maldades, por la locura: el cura apaleador de indios, el español golpeador de mujeres, el inca torturador, el hispano que quiere comer oro; todos ellos tienen los ojos idos, y el mensaje del cronista no era sino este: que el rey no le dé a los locos poder ninguno. Alguien debería estudiar esa iconografía ocular y ver qué relación tiene con la demencia.

Esa idea barroca de que la locura degradaba al ser humano a un animal vaya que caló hondo, y es así que en los protohospitales, casi siempre manejados por curas y monjas, estos no tenían reparos en torturar al cuerpo para liberar al alma de los amentes, de ahí que los locos fueran encadenados, encerrados en cajas o dejados solamente a la voluntad de los designios de Dios; se creía, pues, que así como tan pronto se les había «secado el seso» a esos miserables (tal cual le ocurrió a don Quijote), pues un día, sin que se lo espere nadie, recobrarían la luz de la razón y su humanidad volvería a brillar.

Es por ello que este libro de Santiago Stucchi Portocarrero me ha emocionado en la teleología extraña que presenta, extraña en el sentido que nos muestra esos momentos de apogeo en que la humanidad brilla por ayudar a sus congéneres enfermos de locura, como también en acusar esos tiempos recios de retrocesos en los que al enfermo mental se le degradaba al estadio del animal. Y tales circunstancias podían ocurrir en el lejano siglo XVI o en el cercano XXI. Hoy, con ese pesar que me persigue desde niño

y ante esta tremenda pandemia que ha detenido al mundo, ¿cómo la estarán pasando nuestros prójimos en los manicomios del Perú? Pero esa misma pregunta cabe para el anciano olvidado en el asilo, como para el huérfano en el orfanato o el preso en la cárcel; todos ellos son, pues, los desterrados, a los que ya no queremos ver y a los que tenemos como responsabilidad de otros, cuando tal vez debamos aplicar, a nosotros mismos, esa frase que dice un personaje de Dickens: «mi negocio no era el dinero, mi verdadero negocio era la humanidad». De ahí que este libro me haya —además— impactado, ya que nos adentra a cómo los peruanos de ayer y de un no tan lejano presente se han enfrentado a la insania de sus compatriotas.

Stucchi Portocarrero nos lleva —en su relato— a la primera loquería del Perú, esa que funcionaba en el Hospital de San Andrés desde el siglo XVI. Ahí la ayuda al loco tenía que ver tan solo con salvar su alma inmortal a través de la disciplina férrea o el martirio de la carne. Tal era la creencia, tal era la época. En ese hospital funcionaban los cepos y las gavias (cajas donde eran encerrados los insanos). Si alguien que lee estas líneas cree que a medida que pasó el tiempo, eso cambió, pues no; el peso del pensar barroco (junto a su ciencia plasmada de teología) penetraba los corazones y las mentes de los peruanos. Casi puede decirse que no hubo cambio sustancial entre cómo se trataba al loco en el XVI con respecto al XVIII. En esa última centuria, entendida como de las luces y de la razón, pues la enfermedad mental y su enfrentamiento seguían en tinieblas. Lima se vio beneficiada con más hospitales, es verdad, pero solo en dos se mantuvieron loquerías; en ellas el tratamiento no era otro a lo ya conocido: si Dios quería, esos desdichados sanarían. Un caso que recoge Stucchi Portocarrero cuenta el de una pobre mujer, sometida por sus furias a estar la mayor parte del tiempo en el cepo, hasta que un día recuperó la razón, así de simple, y se esperaba que tal milagro ocurriera con los demás. No había método pues no se entendía de dónde venía la sinrazón: se decía que del desequilibrio de humores o del daño físico; tal vez de envenenamientos o de la siempre posible posesión demoniaca; tal vez del consumo de alcohol o de la sequedad en el cerebro y, por qué no, de piedras calcáreas en el seso; entre otras tantas explicaciones. Además, realmente era muy difícil, en ese entonces, discernir entre locos de atar y santos tocados por Dios.

Tras la Independencia (1821) y el advenimiento de la República, es evidente que todo fue caos. Nada funcionaba bien, pues no había institucionalidad que marcara la pauta, y si no la había para un país, menos la había

para la salud de sus miembros, miembros que, aunque se proclamaban iguales ante la ley, había unos que se entendían más iguales que otros: otra vez el barroquismo virreinal peruano se colaba por las celosillas republicanas. Así, mientras que el amente de abolengo era encerrado en su casa, tal vez en un altillo, pero al cuidado de su encumbrada familia, no pasaba lo mismo con los amentes de abajo, de esos pobres a los que la sinrazón los había hundido más en la pobreza.

No obstante, en ese país precario, aparecieron destellos de avance en cuanto a la asistencia por parte del Estado, a los enfermos del país, ya sea por piedad, ya sea por ilustración, ya sea por el intento de alcanzar eso que las potencias llamaban «un estadio de civilización». Ahora de los orates se encargaría la Sociedad de Beneficencia Pública de Lima (1834), tanto de los locos de San Andrés como de las locas de La Caridad, pero esa modernidad aún seguía construida sobre las bases del arcaísmo, puesto que las celdas y cadenas persistían en animalizar e invisibilizar a los desdichados. Eso de invisibilizar a los locos tenía una terrible excepción: los 30 de noviembre de cada año —y nos lo revela el autor en este infolio— el vecindario de Lima podía ir al loquerío, cual macabra visita al zoológico, a ver a los orates; ¿cuál era el fin?, ¿morboza diversión?, ¿agradecer el don de la cordura?, ¿conseguir limosnas? Tal vez de todo un poco. Pero, así como en cada ciudad perdida hay algunos justos, aquí estaba el médico José Casimiro Ulloa (1829-1891), quien fue uno de los primeros en indignarse por la situación de los más desvalidos de los enfermos de la mente.

En un largo artículo aparecido en el diario *El Comercio* de Lima (2 de marzo de 1857), que aquí Stucchi Portocarrero rescata con profundidad, Ulloa pone el dedo en la llaga como antes nadie lo había hecho: este médico había recorrido los loqueríos de Lima y quedó sencillamente aterrorizado por lo que había visto. Su forma de impactar a los lectores no pudo ser más dramática: ver a unas locas apiñadas como animales en el dizque hospital le hizo recordar a las brujas que se le aparecieron a Macbeth, es decir, casi como seres que habían perdido su humanidad para vivir en los dominios agrestes de la naturaleza y guiarse —ahí— bajo las fuerzas del mal. Pues bien, bajo esa retórica mostró, tal vez por primera vez en el Perú, el peso que la ciencia buena —esa que cura al prójimo en su cuerpo mortal— puede hacer por el desvalido de mente. ¡Qué bien que el autor nos haya recordado (como hace mucho no se hacía) a ese médico iluminado por la razón! Aquí se ve a Ulloa, emocionado, diciéndole a los peruanos que la

ciencia moderna por fin iba a diseñar el plano de un manicomio a la altura de los tiempos y de las dignidades humanas: en su pensar y argumentación, la ventilación, la higiene, la personalización del trato, el recreo y la ciencia médica podían, según él, curar la locura. Los ejemplos a seguir estaban en Inglaterra y Francia, y si el Perú quería usar en su mote la palabra «civilización» debía pues ganarse ese derecho e imitar esos avances. Pero a pesar de ese racional sentir, en Ulloa aún pesaba el lastre de la tradición, y así también abogaba para que el manicomio conservase una capilla «pues el ejercicio de la religión tiene una feliz influencia en los enajenados». Esto último, a pesar de las consecuencias negativas que trajo en el futuro, era inevitable: el peso de la irracional tradición se debía colar en el duro razonamiento. Tal era la lógica de la vida peruana.

Este libro, por otro lado, nos informa cómo la locura comenzó a ser percibida como una enfermedad que podía ser tratada a la luz de la supuesta ciencia racional; pero eso que suena tan alentador, no lo es del todo: así como los cinéfilos vieron, en *Drácula* (1992), de Bram Stoker (ambientada en el siglo XIX), cómo trataban a los locos los científicos más adelantados, eso no era muy diferente a lo expuesto en películas ambientadas en el siglo XVIII, como *La locura del rey Jorge* (1994) y *Amadeus* (1984). Tal paisaje cinematográfico, pero con asidero verídico, se repetía en el Perú. El médico de la *Belle Époque* aún consideraba que, frente a su paciente, debía apelarse a lo poco que le quedaba de razón. Así, el médico debía plantarse como la máxima autoridad y evitar, a todo coste, que el loco tuviese libertad, para no incurrir en excesos o conductas primitivas. Por esto, el tratamiento moral (a la postre basado en el terror) se seguía imponiendo. Ahora bien, no nos engañemos pensando que hoy por hoy ya se puede precisar el origen de la locura y que la curación es un hecho. La mente es todavía un misterio que tiene que ver con el imbricado sistema de conexiones neuronales del cerebro, pero también con las complejas interacciones con el medio social y cultural.

Otro de esos giros que *Loquerías, manicomios y hospitales psiquiátricos de Lima* nos presenta es cuando aparece —hace cien años— el gran manicomio de Lima, al que los limeños llamamos «el Larco Herrera» (por el benefactor que donó mucho de su fortuna para finiquitar su construcción), y que pareció abrir una nueva época de esperanza en cuanto a la asistencia de los personajes de los que venimos tratando. Ahí, entre esos pabellones que aún se nos muestran decimonónicos (y bizarramente al

frente del orfanato de Lima), se comenzó a hablar de malarioterapia, pentilnetetrazol, insulino-terapia, electrochoques, clorpromazina y otras medidas terapéuticas, por lo menos para su momento; también de lobotomías, hay que decirlo. Ahí la vida tal vez ya no era como las antedichas películas, sino más próxima a *Shutter Island* (2010), en donde los tratamientos con drogas y electricidad podían lograr algo, a pesar de su evocación siniestra. Pero así, entre pretendidos avances en la asistencia psiquiátrica, también se alternaron retrocesos absurdos, ya signados por la pobreza del Perú, y es que aún por estos lares no se entiende que cuando reina la pobreza o la violencia (o las dos), muchos de nosotros regresamos a un estadio animal, en el que solo parece sobrevivir el más fuerte, y en ese sino tanto el anciano en soledad, como el niño en orfandad y el enfermo en el abandono, están a su suerte. Casi es como la escena tremenda de ese sueño que tuvo una vez el poeta Jean Paul Richter (1763-1825), en el que Jesús volvía a la tierra y anunciaba que no había Dios, y el niño muerto le preguntaba: «¿es que no tenemos padre?», a lo que el Salvador respondía: «no, todos somos huérfanos».

Este libro también nos informa, en sus páginas finales, sobre los alcances de la esperada reforma para la salud mental en el Perú, que tras idas y venidas de décadas, por fin se consolidó en el 2020. En leyes, proyectos y decretos se puso en tinta lo prioritaria que es la salud mental para un pueblo como el Perú, donde las situaciones extremas acarrearán estrés extremo. A diferencia de lo planteado por el alienismo decimonónico, ahora se plantea que la persona con un padecimiento mental no debe ser aislada, escondida ni refundida, sino que debe ser tratada en su comunidad, y que si debe ir al hospital, no es para quedarse ahí por mucho tiempo. Así como todos los males del cuerpo que asolan a los peruanos, para la salud mental se pide atención descentralizada, que a ella entren profesionales de distintas disciplinas, que se democratice el acceso a los fármacos y, tal vez, que los médicos, de aquí y de allá, sepan escuchar y ver en esos ojos perdidos, algo de luz que saque a muchos de la oscuridad. Pero es el 2020, y el mundo se ha detenido para sanos y enfermos.

Este prólogo comenzó contando una experiencia traumática de mi vivencia de los 80. El libro que el lector tiene entre sus manos va más allá, y aborda también las legislaciones y tratamientos que rigen el trato a quienes padecen trastornos mentales el día de hoy. Es más, el mismo Stucchi Portocarrero ha estado en primera línea en su ayuda como profesional de

la salud mental, y aunque ha visto que en verdad existen esos pocos que tienen a la humanidad (y a sus desvalidos) como su noble negocio, están los otros que, sobrepasados por la maldad, la indiferencia y sus propias pobreza, ya sean materiales o espirituales, dejan a su suerte a los que más necesitan de ellos. Son tiempos recios estos los del 2020; imagínense qué tan recios son para aquellos a quienes, privados de razón, el mundo se les muestra como más frío y aterrador. Entonces, que este libro sirva como acicate para develar el tupido velo que esconde a los invisibles, que están viéndonos como en un mal sueño y esperando algo de nosotros.

Eduardo Torres Arancivia
Instituto Riva-Agüero del Perú
Agosto del 2020